

Una peregrinación a Las Lajas

Alejandro García Gómez*

A Alejandro García Enríquez y
Angélica Gómez de García,
In memoriam

Cuando llegaban nuestras vacaciones de fin de año escolar, entre julio y agosto en nuestro departamento por ser calendario B en ese tiempo, mis padres, al igual que los de casi todo el resto de mis amigos y compañeros, nos llevaban de peregrinación hacia el santuario de Nuestra Señora de Las Lajas, situado en uno de los vórtices del Guáitara en el corregimiento del mismo nombre, municipio de Ipiales, y que debe su nombre a la forma, textura y disposición de las rocas –piedra laja– que sostienen y al mismo tiempo adornan las paredes del impresionante abismo que los millares de siglos han dejado como huella del paso del rugiente río Guáitara, Carchi o Pastarán. Las familias nariñenses, pobres o de clase media, ahorraban todo el año para esos tres días de peregrinación. Hoy la distancia desde Sandoná hasta ese destino se cubre en tres o tres horas y media como máximo. En ese tiempo, sin carretera Panamericana, el viaje comenzaba a la una o dos de la madrugada y finalizaba alrededor del medio día. Por razones de trabajo de mis padres en el mercado de Sandoná (sábados) y de Ancuya, Consacá o Linares (domingos) en el que participábamos en la medida de las fuerzas de nuestra edad, siempre salíamos martes, ya que el lunes quedaba para la preparación de la romería y los viernes había que alistarse para el siguiente mercado. Ese viaje en la madrugada era la parte más angustiante de la ansiada romería, teniendo en cuenta el polvo de las carreteras –todas destapadas para esos tiempos–, los gélidos territorios del sur de mi departamento, que debíamos atravesar como el de Yacuanquer, en el municipio y la sabana de Túquerres, Guachucal y la llegada a Ipiales, invadidos por los vientos de los nevados Cumbal y Chiles, y del volcán Azufral. Viajábamos en La Fátima, La Vallena (sic), La Chauchilla, El Empuje y Vamos, El San Miguel u otro cualquier-

*. Escritor nariñense. Docente del INEM de Medellín

ra de los buses destapados, tipo escalera. Además, desplegábamos nuestras costumbres calentanas al encuentro benigno del clima de Sandoná, población cafetera y cañera. Pero lo más terrible de todo eran los vómitos por los mareos propios o de los otros pasajeros.

Pero las peregrinaciones hacia Las Lajas no comenzaron en el pasado siglo XX y ni siquiera en el XIX, sino antes.

Inicio de las peregrinaciones: la leyenda

Las romerías que con nuestros padres repetíamos cada año en la infancia se habían iniciado, como una tradición en nuestro departamento, desde el 15 de septiembre de 1754, fecha de la fiesta –hasta hoy– de Nuestra Señora de Las Lajas.

Refiere la tradición que a una mujer indígena, descendiente del cacique del ahora llamado municipio de Potosí, María Mueses de Quiñones, le fueron ocurriendo una serie de hechos inexplicables racionalmente hablando: ella trabajaba en el servicio doméstico en la casa de la familia de Juan Torresano, en Ipiales, hoy a 15 ó 20 km de Potosí por carretera, aproximadamente. Conseguido un permiso de su patrón (en esos tiempos se le llamaba amo; y a los trabajadores, criados), cierto día, María salió a visitar a sus parientes a Potosí, en un trayecto que debe recorrer a pie. Entre Ipiales y esta población se atraviesa el vórtice de años geológicos del rugiente Guáitara. Para su visita, María debió pasarlo por un rústico puente, como eran la mayoría por aquellos años. También era tradición para esos tiempos, que hasta ahora es conocida, que en ese escabroso sitio habitaba Satanás y que a veces se aparecía y se *cargaba* a alguno de los transeúntes. Faltando poco para que María llegara al Guáitara, a unos 400 ó 500 metros, se desencadenó una violenta tempestad. Ella trató de ponerse a cubierto en la gran cueva que el río había horadado en media peña en su margen occidental. Angustiada, comenzó oraciones invocatorias a la Virgen del Rosario –devoción propagada en Ipiales por los dominicos, a cuya esfera estaba encargada la vida religiosa de la región para esos días–, pidiéndole que la librara de Satanás. Sintió de pronto que alguien le tocaba la espalda y que la tempestad se calmaba. Se volteó a ver quién era y no vio a nadie. Salió despavorida hacia su pueblo, guardando discreción por lo que suponía el hecho en aquellos tiempos inquisitoriales.

Días más tarde, ya por fuera del servicio de la casa de los Torresano y viviendo en su Potosí, salió por algún motivo a Ipiales, cargando a la espalda, esta vez, a su hija Rosa, sordomuda de nacimiento. Llegada nuevamente a la cueva del Guáitara o Pastarán o Carchi, se sentó a descansar un momento. En esas advirtió que su hija sordomuda, trepando por las piedras de la cueva, le gritó: “Mamita, vea esta mestiza que se ha despeñado marcando (regionalismo nariñense por cargando) a un mesticito y dos mestizos a los lados”. Ella no vio nada, pero con el susto de oír hablar a su hija por primera vez en el mismo sitio donde ya había tenido otra sorpresa antes, echó a la espalda a su hija y salió a las carreras. Al parecer la niña no volvió a hablar, porque al llegar a Ipiales donde sus antiguos patrones, éstos no le creyeron y antes bien se burlaron de ella. Al regreso a Potosí, nuevamente el temor le iba ganando y cuando

Rosa le gritó: “Mamita, mamita, la mestiza me llama”, la pobre María con el poco valor fingido que le quedaba, le impuso silencio a su hija y apuró el paso hacia su casa. Ahora sí les contó a vecinos, amigos y familiares el suceso. Su residencia se llenó de curiosos. En esas se perdió Rosa. No la encontraban en ninguna parte. Como último recurso María se fue a buscarla a la cueva. Allí la encontró a los pies de la señora blanca, jugando con el niño, que se había desprendido de los brazos de la Señora. Ella se postró de hinojos en señal de recogimiento y agradecimiento y desde ese día llevaron velas de sebo y flores a la cueva con Rosa.

Pero el suceso, a pesar del revuelo inicial, quedó ignorado, según la tradición. Tiempo más tarde, Rosa enfermó gravemente y murió. María salió con el cadáver a la cueva de la Señora a hacerle el ingenuo recuento de las velas y flores que Rosa y ella le habían traído en obsequio y que, a cambio de esto, le restituyera la vida. Y, según la tradición, el milagro se dio. María, feliz por el acontecimiento, se apresuró a ir a casa de los Torresano a contarles el hecho. Era de noche. Ellos le abrieron y también se asombraron, pues habían conocido la noticia de la muerte de Rosa. A esas horas, cerca de la media noche, se aventuraron donde el cura, a golpear sus puertas.

—¿Qué pasa?— díque preguntó el Padre Villafuerte desde adentro.

—Deseo hablar con el Señor Cura— respondió don Juan Torresano.

—¿A esta hora?

—Sí. Es urgente.

Y vino una de preguntas y respuestas del cura a María, que las ayudaba a contestar su antiguo patrón don Juan, charla que se extendió hasta la madrugada. ¡La Virgen del Rosario aparecida en las breñas de nuestro Guáitara!

—Iremos y veremos. Pero debes saber, María, que si nos estás mintiendo, te echaremos al río —le dijo el cura.

—Como quiera, su merced, pero vamos.

Aún de madrugada se tocaron las campanas y se convocó a los vecinos que llegaron provistos de velas, palos y machetes para apartar los matorrales. A las seis de la mañana estuvieron en Las Lajas, distante a unos 10 km. ¡Asombro y júbilo! ¡La imagen de Nuestra Señora del Rosario se encontraba impresa en la roca viva! Era el 15 de septiembre de 1754, según el santoral “fiesta de Santísimo Nombre de María”. Ahí comenzaron las peregrinaciones.

Una romería en familia

Nuestra familia, una vez llegaba a Las Lajas, nuestros padres nos dejaban al cuidado de una persona mayor junto con todos los petates propios de una romería en la que se llevaban desde ollas para la cocina, cuyes



que se asaban el día anterior y que nuestra madre los compraba a La Pina, tía abuela vecina a quien le decíamos la mamita Pina –Josefina– por el cariño que nos tenía; ella los criaba en su cocina con el calor del fogón y las hojas de los plátanos de su inmensa huerta –que era mi gran mundo entonces– hojas de caña, que las traía su hermano del campo –nuestro “papá” Genaro– y los residuos de las frutas, verduras y hortalizas que ellos y nosotros consumíamos a diario, en una sabia mezcla de alimentos balanceados para esos deliciosos roedores.

La Pina ayudaba a asar algunos cuyes a mi madre, porque el trabajo era muy dispendioso: después de sacrificarlos apretándoles la cabeza entre las dos mandíbulas, había que pelarlos ahí mismo con agua muy caliente. Cuando eran varios había que tener varias ollas. En seguida se les rajaba con mucho cuidado por el vientre para sacarles las vísceras y no reventar la piel, porque se perdía el cuy. Algunas, como el hígado y el corazón, La Pina nos las asaba por aparte y nos los repartía a mis hermanas y a mí durante la tarde anterior al viaje. Sin embargo, la menor por su escaso apetito casi nunca las comía y me las regalaba. Aunque hoy en día se han aprovechado algunas tecnologías en asaderos más comerciales, en aquellos tiempos asar un cuy era un asunto complicado (y aún lo es en los hogares del campo). Después de “la pelada”



que he señalado y una vez lavado, había que meterle una vara más o menos larga –“chuzo” se le llama aún– desde la abertura de entre las patas traseras hasta la boca y se lo acercaba al fogón dándole vueltas lentamente. Muy cerca debía estar un recipiente pequeño con la sal, los cominos y una pizca de ajo disueltos en agua que se los untaba al animal con una brocha de cebolla larga o junca para adobarlo de tanto en tanto antes y durante el asado. Cuando eran varios como para ese viaje, mi madre y La Pina asaban un cuy en cada mano, arreglándose las para el adobamiento. La casa se llenaba del aroma de la carne asada y uno corría a ver los animalitos preparados que los iban amontonando en hojas de plátano soasadas, donde se los llevaría en el viaje, y era muy duro pensar que sólo al día siguiente se los podría disfrutar.

Otro de los alimentos que se preparaba el día anterior eran los pollos o las gallinas en salsa de maní molido y un poquitín de agua, luego refrito a fuego

lento con cebollas juncas finamente picadas y sal al gusto, o la carne de cerdo frita y víveres propios de nuestro clima, como yucas y plátanos verdes que se los llevaba cocinados, pan y los infaltables como la panela y el café. Los huevos y el queso se compraban en Las Lajas. No podían faltar los dulces de frutas: de brevas o de guayaba o de mora o de naranja o de piña sola o de piña mezclada con papaya o de leche con harina de arroz que había que molerla en el molinillo y que mi madre lo llamaba “manjar” y un etcétera muy grande, todos endulzados con panela de Sandoná, en un largo proceso de batir y batir durante la cocción con un cucharón de palo y a fuego lento. En esos días aún no existían las fábricas de conservas y aunque las hubo después, se siguie-

Luego de almorzar y de instalarnos, toda la familia bajaba al santuario haciendo uso de la interminable serie de gradas en roca tallada que desde el poblado lleva hasta el fondo del abismo, donde queda el santuario.

ron preparando por mucho tiempo. Aún hoy. Mi madre nunca nos dejaba sin una torta que le llamaba *ponqué*, una mezcla paciente de mantequilla de res batida con la mano –no había margarinas aún, y ella jamás las usó para el ponqué cuando aparecieron–, a la que agregaba poco a poco una cucharada de harina de trigo por cada huevo con el que la iba amasando, azúcar al gusto, pulverizado en el molinillo, alguna esencia, casi siempre de vainilla, uvas pasas, y luego todo al horno hasta el punto que sólo ella lo conocía. Obviamente había una parte de mercado que se llevaba para ser preparada como en cualquier paseo de campo de tres días de hoy. No se podía olvidar las frazadas para hacer frente a las heladas noches del verano lajeño de llovizna, viento y polvo en los ojos, como el de Pasto.

Como dije, una vez llegados a Las Lajas y finalizada la espera, nuestros padres ya habían conseguido “la casa de la Virgen”, de las que la Curia ponía al servicio de los peregrinos pagando un alquiler. Constaban de una letrina, una ducha de agua helada (que no recuerdo si alguna vez utilicé), un fogón, un lavadero y un salón entablado para dormir durante las dos noches. Una familia o un grupo familiar en cada casa. El almuerzo del primer día era parte del fiambre que habían preparado el día anterior en nuestras casas. Luego de almorzar y de instalarnos, toda la familia bajaba al santuario haciendo uso de la interminable serie de gradas en roca tallada que desde el poblado lleva hasta el fondo del abismo, donde queda el santuario. Se hacía la acción de gracias presidida por las oraciones de mi madre y se comenzaba la fila para la Confesión de todos los familiares que ya hubieran hecho su Primera Comunión. Esta Confesión no era obligada, pero era obligatoria para la Comunión de los dos días siguientes o de lo contrario era un viaje en vano y la Virgen podría resentirse. Era más importante que las de los primeros viernes escolares y casi tanto como la de la Primera Comunión y por esta razón lo más aconsejable era llevar por escrito la lista de nuestros pecados, no fuera a ser que nos olvidáramos y tampoco nos sirviera de nada el viaje.

La otra historia o la historia complementaria

La otra historia de la aparición no es menos romántica, aunque tiene mejores evidencias históricas.

El 15 de agosto de 1592, el Corregidor Diego López de Zúñiga promulgó en Quito una cédula real sobre el impuesto de las alcabalas que desató fuertes protestas populares por lo cargado del gravamen. Al parecer, entre algunos sacerdotes y clérigos con gran sensibilidad social, también se presentaron protestas de apoyo a la población, por lo abusivo de las cargas. Quizá por su espíritu de artista, alma delicada y sensible, contrario a las injusticias generadas por los poderosos, entre los sacerdotes protestantes se encontraba el dominico Fray Pedro Bedón, quiteño de treinta años de edad, de familia distinguida, pintor reconocido, quien había hecho estudios sacerdotales, humanísticos y de pintura en Lima. Al parecer, Fray Pedro criticó públicamente la imposición de las alcabalas y, peor aun, aseguró que cuando un gobernante es injusto la población está en el derecho y en el deber de quitarlo, con lo que acrecentó la protesta, porque al parecer gozaba de mucho ascendiente entre la población humilde. Como era de esperarse, el gobierno local lo convirtió en su enemigo y, en vista de la principalía del personaje, decidió deshacerse de él obligándolo al destierro de Quito, incluso fuera de los límites de la antigua audiencia y cancillería. Para evitar el escándalo y con la anuencia de sus superiores se trasladó al convento dominico del Santo Rosario (hoy Universidad del Rosario) en Santafé de Bogotá y luego al convento de Tunja, donde estuvo desde los primeros días de 1593 hasta 1598 cuando regresó a su ciudad natal. Tanto en Santafé como en Tunja existen obras suyas en las instituciones dominicas.

El Padre Bedón había nacido en Quito, como se dijo, en 1556, y murió en su ciudad el 27 de febrero de 1621. Fueron sus padres Pedro Bedón y Juana Díaz de Pineda, hija del capitán Gonzalo Díaz de Pineda, vecino de Pasto. Se cuenta que Fray Pedro era muy devoto del rezo del Rosario y, por tanto, de Nuestra Señora de esa advocación, que es la que se encuentra plasmada en Las Lajas, muy parecida a la Virgen de La Escalera, esta sí con certeza pintada por él. De acuerdo con lo que se dice por sus contemporáneos, se sabe que era un hombre muy dinámico pero austero consigo mismo. Al regreso de sus estudios en Lima, donde se ordenó sacerdote, se dio a la tarea de organizar una casa de estudios en su comunidad (un convento seminario) en Quito, donde él también sería profesor. Al mismo tiempo se ocupó de organizar y coordinar cofradías de diversas devociones para los seglares.

El Padre Bedón debió estar pasando por Ipiales a comienzos del año 1593, y seguramente debió hacer una escala de descanso reparador en la vecina población de Pupiales, donde la congregación dominica tenía un convento, porque aún no existía el de Ipiales, y debió ser una muy buena escala ya que se encontraba fuera del territorio quiteño y empezaba la Nueva Granada, otra jurisdicción, donde sus malquerientes no podrían hacerle daño. Hay quienes se preguntan, como objeción a la posibilidad de que hubiera sido el Padre Bedón el pintor de la imagen de Nuestra Señora de Las Lajas, si éste habría querido desviarse de su camino para conocer la piedra laja y enamorarse de ella para pintar a la Virgen. Algunos opinan que no, por lo lejano del paraje y porque iba de huida. Hay que saber que desde Pupiales hasta Ipiales, en el día de hoy y por carretera, hay unos 10 km, la misma distancia que por carretera hay entre Ipiales y Las Lajas. Con los atajos propios de los caminos de esos tiempos podríamos inferir una distancia total de 15 ó 18 km como mínimo, o sea una jornada de tres o tres horas y media de camino en cada viaje sencillo y seis o siete doble, sin contar con el acarreo de la logística propia para pintar en semejante breña. Podría pensarse que Fray Pedro podría haberse hospedado en la casa cural de Ipiales, regentada por un dominico. Adicional a aquello, Las Lajas como poblado no empezó a existir sino hasta 1771, cuando se edificaron las dos primeras viviendas para abrigo de los peregrinos, según documentos¹.

A pesar de estos grandes inconvenientes, me atrevo a opinar que él, el Padre Bedón, sí podría haberse determinado a ejecutarla y pintarla. A favor de esta opinión pienso que está su fuerte y dinámico temperamento en primer lugar, su acentuada devoción a Nuestra Señora del Rosario en segundo, y en tercero porque realmente, como señalé, ya las autoridades civiles de Quito no tenían jurisdicción en ese sitio de la Nueva Granada. Viene otra pregunta, ¿por qué sólo hasta mediados de 1754 se hace visible o pública la imagen, o sea después de más de 150 años de la supuesta pintura de Fray Pedro, en un camino que era,

1. Mejía y Mejía, Justino, C. Pbro. *Tradiciones y documentos sobre Nuestra Señora de Las Lajas*. Sexta edición, Bogotá: Editorial Pax, 1966, p. 210.



Es difícil hacer un cálculo aproximado del costo del santuario y de la adecuación de Las Lajas como sede.

no sólo de uso público, sino muy frecuentado? Esta pregunta es más difícil de contestar. Otra pregunta también difícil de contestar: ¿cómo subsistió la imagen sin desmejorarse, por más de 150 años expuesta a la intemperie? Consideración adicional: según documentos de la época (citados por Mejía y Mejía, *ibíd.*, p. 47), para ese tiempo toda la región de Ipiales estaba sometida a un período de lluvias constantes hasta el punto de que ni siquiera se podían fabricar adobes porque no se secaban nunca. También podría pensarse que el Padre Bedón pudo haberla pintado de regreso hacia su Quito natal y cabrían las mismas consideraciones anteriores a excepción de la de la huida.

La construcción del templo

La adecuación del sitio fue fruto de años de esfuerzos y enormes cantidades de dinero, en su totalidad donadas por la población creyente de peregrinos que ha llegado a aportarlas desde los alrededores del departamento de Nariño y aun desde otros países.

La primera construcción es una capilla de madera con techo de paja (con miras a levantar otra mejor, más tarde), que la dirige el Padre Villafuerte ayudado por los diferentes peregrinos que empiezan a llegar, en crecido número, a los pocos días del 15 de septiembre de 1754, es decir, de la aparición pública de Nuestra Señora. Pero el Padre Villafuerte fallece antes de dar principio a su obra y lo reemplaza interinamente Fray Bonifacio Garzón (dominico) con quien parece que no ocurre nada. A éste le sucede Fray Luis Herrera (también dominico) en propiedad. El propósito del P. Herrera es sustituir la capilla existente por otra de cal y ladrillo. Pero el 27 de septiembre de 1769 se seculariza la parroquia de Ipiales, los dominicos deben dejarla al clero diocesano y la parroquia es entregada al curato del Padre Manuel de Salazar y Santacruz. La supuesta razón es que Ipiales ya es una parroquia madura. A los dos años aparecen construidas las dos primeras casas del nuevo caserío, para peregrinos, con un cobro para la curia por el albergue. En 1835 aparecen tres familias con casa de habitación propia, además de algunas más para peregrinos. A comienzos de la década del treinta del siglo XX, Las Lajas es un corregimiento –con su corregidor allí– de 300 habitantes distribuidos en 45 familias “pertenecientes en su totalidad a la raza blanca”, según Mejía y Mejía (*ibíd.*).

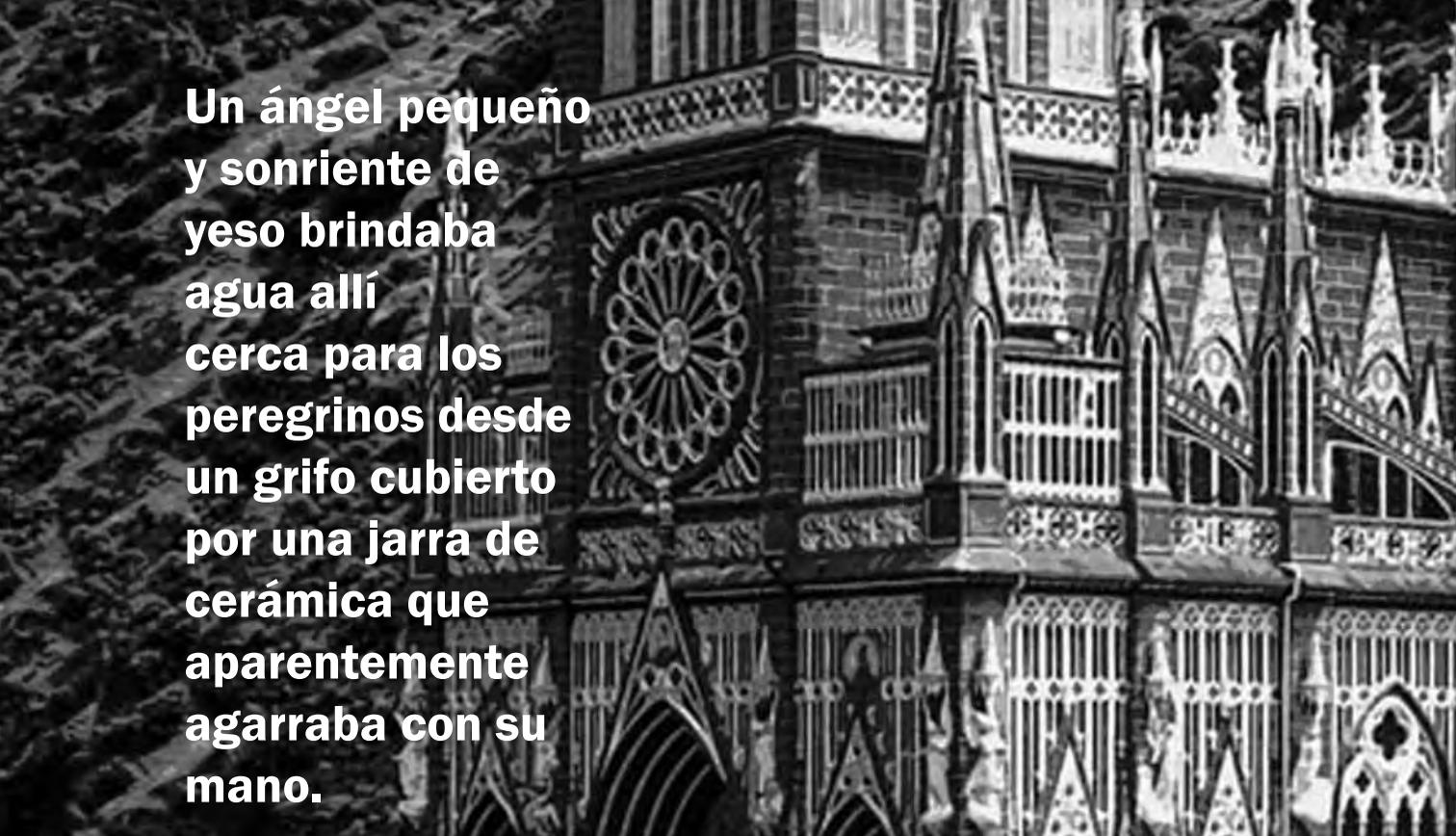
En el interregno administrativo del Padre Herrera sucede un hecho curioso: Manuel de Rivera se presenta como un ciego al que Nuestra Señora le ha hecho el favor milagroso de restituirle la vista, según se lo manifestó a Fray Luis pidiéndole el encargo de andar por las regiones del sur de la Nueva Granada y por Quito, para solicitar limosna y construir el templo. A ello

accedió Fray Luis. El Ciego Rivera –así se lo conoce hasta hoy–, al parecer sí se dedicó a pedir para el templo, pero no rindió cuentas y por eso el síndico de la parroquia de Ipiales, Manuel Fernando Zarama, elevó una solicitud al Obispo Ponce y Carrasco para que se las pidiera, pues al parecer se había llegado a saber que el buen ciego no andaba en pasos claros en Caranqui (Ecuador, territorio llamado Quito en ese tiempo). El obispo ordenó (22 de noviembre de 1769) al cura de Cumbayá (Ecuador), Juan Montedecora, que recojiera la licencia de petición de limosnas y le pidiera cuentas al Ciego. El resultado: “cargo 569 pesos con 4 reales; descargo, 368 pesos con 7 reales; saldo en contra de Rivera, 200 pesos con 7 reales” (ibíd.). El Ciego apeló la liquidación “porque (las cuentas) no estaban a su satisfacción” y solicitó nueva licencia ante el Obispo Ponce y Carrasco y obtuvo ambas cosas. El 20 de diciembre de ese año el notario episcopal Manuel Miguel Álvarez de Salinas revisó las cuentas con este resultado: cargo 367 pesos con 4 reales; descargo, 388 pesos con 4 reales; saldo a favor de Rivera, 21 pesos con 5 reales. El síndico Zarama volvió a la carga y manifestó a Su Señoría Ilustrísima (Ponce y Carrasco) que Rivera en 5 años no había hecho el menor aporte para el templo, que no era necesario que el Ciego anduviera pidiendo limosna en otras regiones como Guayaquil, sino que, quitándole su licencia, centralizara la recolección de las ofrendas en Las Lajas, porque las romerías son inmensas y generosas y se necesita un capellán para que se encargue de las ofrendas y de la construcción, como posteriormente se hizo. Actualmente, como homenaje al Ciego Rivera, se le ha levantado una escultura de tamaño humano en uno de los recodos de los cientos de escaleras de roca labrada que hay en el camino peatonal hacia el santuario y la gente le rinde gran reconocimiento.

Es difícil hacer un cálculo aproximado del costo del santuario y de la adecuación de Las Lajas como sede. Son muchos los curas capellanes que han pasado por ahí; numerosas, numerosísimas, las dádivas de las gentes –casi siempre humildes– en moneda o en especie o en trabajo gratuito, con las que se levantó el colosal templo. Lo más grandioso de la ingeniería para la construcción definitiva se realizó en el pasado siglo XX. Baste expresar que, según las cuentas, sólo desde 1911 hasta 1956, se recogieron 1.168.818,26 pesos, todo como resultado de las ofrendas de los peregrinos. Nunca ningún apoyo oficial: ni municipal ni departamental ni nacional. Hoy se lo ha declarado patrimonio cultural de la humanidad en lo arquitectónico y se proyecta un cable aéreo para llegar hasta allí; otra fuente de turismo. La última noticia que se supo era que el obispo de Ipiales se oponía. No se sabe por qué.

Continuación y fin de una romería

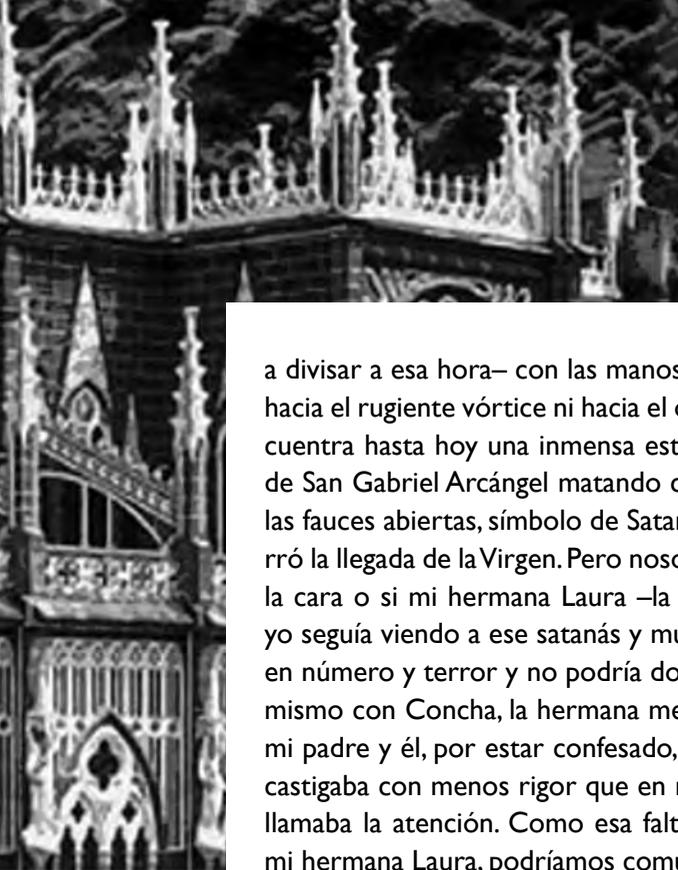
En la noche del primer día terminaban de confesarse los últimos miembros de la familia y se subía hacia el poblado a la comida, compuesta de todas las partes del almuerzo: presa de cuy o presa y media con un pedazo de carne de cerdo frita o con un ala de gallina u otro pedazo o presa completa, algo de yuca,



**Un ángel pequeño
y sonriente de
yeso brindaba
agua allí
cerca para los
peregrinos desde
un grifo cubierto
por una jarra de
cerámica que
aparentemente
agarraba con su
mano.**

algo de plátano, papa no porque mi padre no permitía su consumo después de tantas horas de preparadas, por su temor a enfermarnos; pan, café con leche o leche sola o agua de panela con leche y dulce con queso. Alguna fruta, además. La cena del día siguiente también sería la prolongación del almuerzo del día siguiente que se lo preparaba después de asistir a la misa y de haber tomado “El café de la Virgen”, luego de la misa, muy en la mañana. El café de la Virgen lo vendían en unas casetas de la curia en la terraza-puente frente o junto al Santuario. Un ángel pequeño y sonriente de yeso brindaba agua allí cerca para los peregrinos desde un grifo cubierto por una jarra de cerámica que aparentemente agarraba con su mano. Era “el agua de la Virgen”. Como yo tenía la tendencia a verter sangre por mi nariz sin ninguna explicación, una mañana me lavé con esa agua no sólo mi nariz sino toda la cara, a pesar del agua helada y de los gélidos vientos encañonados de la hora. Invoqué con mi inocente e ingenua fe a la Virgen para que me curara. No volví a tener más derrames de sangre.

En el primer día, cuando las mujeres de la familia habían podido confesar-se primero, salían antes para adecuar la residencia y terminar de preparar los alimentos; cuando no, era la única vez en que los hombres de la casa ayudaban a las labores domésticas y no se veía mal por los otros hombres, pero sobre todo por las mujeres, que de no ser así habrían gritado: “¡Hay hombres en la cocina!”, como decían mi madre, La Pina, mi abuela Laura o mis hermanas, y yo salía corriendo. Al caer las tardes se bajaba siempre a los rezos del Rosario y a “La Hora Santa”. La escalada en la noche desde el Santuario hasta el poblado era otra de las torturas para mí: subía la interminable escalera de piedra labrada pegada a la peña del abismo ruidoso del río —al que ya no se alcanzaba



a divisar a esa hora— con las manos tapándome los ojos para no mirar hacia el rugiente vórtice ni hacia el otro lado, borde sobre el cual se encuentra hasta hoy una inmensa estatua blanca, quedamente iluminada, de San Gabriel Arcángel matando con una lanza a un gran dragón con las fauces abiertas, símbolo de Satanás al que, según la tradición, desterró la llegada de la Virgen. Pero nosotros los niños, si nos destapábamos la cara o si mi hermana Laura —la mayor—, por maldad me la quitaba, yo seguía viendo a ese satanás y muchos otros satanases multiplicados en número y terror y no podría dormir esa noche. A veces yo hacía lo mismo con Concha, la hermana menor, y ella se agarraba a llorar ante mi padre y él, por estar confesado, comulgado y en plena romería, me castigaba con menos rigor que en nuestra casa de Sandoná o sólo me llamaba la atención. Como esa falta sólo era un pecado venial, según mi hermana Laura, podríamos comulgar al día siguiente. El segundo día, miércoles, se pasaba entre misas, rezos, alabanzas y subidas al poblado a tomar los alimentos, con un descanso para comprar nuestros juguetes de chucherías y cachivaches para los que habíamos ahorrado todo el año de cinco en cinco centavos cada vez que se podía almacenar la dádiva de algún tío u otro familiar adulto o la mesada de nuestros padres para la escuela. El tercer día se asistía a misa en la mañana, y después del café de la Virgen se subía a hacer un almuerzo, el cual se tomaba en las últimas horas de esa mañana. Luego se empacaba rápido los corotos para salir de regreso a Sandoná a las horas del mediodía a donde se llegaba cerca de la medianoche. En el viaje de regreso, quizá por la hora o por la ausencia de ansiedad, ya no se presentaban los mareos ni los vómitos, ni a mí ni a mis hermanas y casi a ningún viajero, con lo que se disfrutaba más del viaje.

En las últimas vacaciones, con varias décadas encima y cuarteado por alguna que otra desilusión, por uno que otro fracaso, pero alentado también por nuevas esperanzas y dentro del amor de mi nueva familia, la que formé con Ligia, volví. No pude hacerlo por tres días y sé que no es el mismo quien vuelve, porque ahora yo también soy Ligia, también soy Kekas y también soy Menchi. Pero estuve allí frente a la gran laja de Ella y lloré. Coincidió mi retorno con una Eucaristía celebrada por un sacerdote joven. No sé si fue su charla dentro de la celebración, o Ella, o mis recuerdos, o todo junto lo que me hizo entrar dentro de mí. O quién sabe si fue mi esperanza en la humanidad, al calor y alrededor de Ella, lejano símbolo y fantasía de mi infancia, de ese mi Paraíso Perdido. “Ave gratia plena”, la saludé con las mismas palabras del frontis de su altar. ■